**Capítulo primero**

Sobre la cama yacía, empapado en sudor, el cuerpo ardiendo en fiebre de doña Leonor de Rojas Justiniani, a quien la muerte llevaba días rondando. Era el año del Señor de 1630 y la ciudad de San Cristóbal de La Laguna atardecía, como siempre, bajo una espesa capa de niebla que impedía que el cortante frío y la penetrante humedad respetaran, siquiera, la vigilia de los allí presentes.

Un mal parásito, de procedencia africana, había permitido que la putrefacta y huesuda mano de La Parca hubiérase adentrado, sin permiso ni respeto, en el cuerpo, joven aún, de la esposa de don Pedro de Soria Pimentel, capitán de infantería española y regidor perpetuo de Tenerife. Hombre noble y aguerrido, de buen talante y mayor corazón, que ahora andaba postrado a los pies de la cama de la mujer con la que había compartido su vida durante los últimos veinte años.

Un grupo de plañideras, conocidas de la familia unas, otras no, lloraban y rezaban al fondo de la estancia convencidas de que su esfuerzo y fe allanarían el camino de doña Leonor hasta los brazos del Señor, mas sus sentidas plegarias no parecían alcanzar el efecto deseado ya que el dolor que a intervalos, cortos mas constantes, reflejábase en el rostro de la moribunda no hacía más que presagiar la pronta llegada de lo inevitable.

Doña María y doña Juana, sus dos hijas mayores, incapaces de aceptar la realidad, consolábanse entre sollozos en una esquina de aquella habitación apenas ya iluminada por la tenue luz que entraba por una de sus ventanas. Negando con la cabeza, pareciera como si trataran de distanciarse de un dolor que, poco a poco, íbase apoderando tanto del tiempo como de una verdad difícil de soportar. Cuanto más de asumir.

Solo Úrsula, la tercera en llegar desde donde habitan las almas de los no bautizados, la benjamina de la familia, la alegría de la casa y la única, hasta el momento, aún no desposada, manteníase firme, de pie, cerca de la cama, entera, sin lágrimas en los ojos mas con el corazón también constreñido por la pena.

El día, cual la lánguida existencia de doña Leonor, anunciaba su fin atenuando la luz natural del sol, por lo que pronto hizo falta que la servidumbre empezara a encender las lámparas de velas de cera de abeja, que son las buenas, para ahuyentar una penumbra que ya estaba haciendo acto de presencia. Y así, poco a poco, una agradable fragancia a miel fue inundando toda la estancia.

En tales menesteres se encontraban cuando desde la puerta de entrada al hogar de los Soria Pimentel oyéronse unos golpes secos, dos-tres, que precedieron a un grito adusto que venía del exterior. “¡Ah de la casa!”. Y tras unos segundos, de nuevo, los golpes contra el portal de madera, aun provenientes del piso de abajo, volvieron a interrumpir, inoportunos, el silencio que a todos embargaba.

Uno de los sirvientes, sin soltar la larga cerilla de madera que estaba utilizando para encender las velas, dirigiose a paso ligero hasta la planta de abajo y logró llegar al portón de entrada justo antes de que fray Aurelio de la Cruz lo golpeara por tercera vez.

El orondo religioso entró de forma atropellada. Afuera, en la calle, una pertinaz llovizna había empapado su esclavina pese a la protección que, en apariencia, ofrecíale la capucha y su larga capa de color negro. Tenía las cejas pobladas hasta decir basta, la nariz chata y los mofletes colorados. Tras sacudirse los pies del barro que traía adherido a sus botines subió las escaleras corriendo a tal velocidad que ya había llegado a los aposentos de la moribunda antes incluso de que el sirviente hubiera tenido tiempo de atrancar la puerta. Los suelos de madera crujieron a su paso con doloroso sonido pues su peso –abonado a base de contundentes almuerzos donde no faltaban ricas piezas de carne y abundantes raciones de papas con *moho* de cilantro– era digno de un hombre que no le hacía ascos a nada que pudiera ser comido. Apoyándose en el dintel, frenó en seco su carrera y, mientras se persignaba, acercose hasta la cama. De una bolsita de cuero que colgaba de su cinturón extrajo una pequeña crismera de plata que contenía el aceite de unción que precisaba para poder impartir el sagrado sacramento de la extremaunción y, ya más calmado, se dispuso a realizar el servicio que habíale llevado hasta la residencia de sus buenos amigos.

– Pido a Dios –dijo el fraile cerrando los ojos– que entre en ti la felicidad eterna, la prosperidad divina, la serena alegría, la caridad fecunda y la salud sempiterna; que huyan de aquí los demonios y estén presentes los ángeles de paz. Por esta santa unción os perdone el Señor todo lo que hayáis pecado. Así sea.

Acto seguido ungió, trazando con su dedo una cruz, los ojos, nariz, boca, manos y pies de doña Leonor con un óleo que había sido consagrado en Jueves Santo, impregnándolos así con la virtud de la pasión de Cristo. Finalmente, con la mano derecha extendida sobre su cabeza, invocó a las tres Divinas Personas, a María Santísima, a los ángeles y a todos los santos con una especie de conjuro contra el demonio para ayudarla a bien morir y, al mismo tiempo, hacer las pertinentes recomendaciones de su alma a Dios.

– *Per istam sanctam unctió nem indulgeat tibi Dominus quidquid deliquísti. Amen*.

Mientras fray Aurelio de la Cruz realizaba sus tareas sacramentales y dejaba a Leonor ya en manos de su Creador, Úrsula, incapaz de resignarse ante la cruel evidencia de lo obvio, quiso salir de la habitación mas la retadora mirada de su padre detuvo sus pasos. Dirigiose entonces hasta donde estaban sus dos hermanas y esperó junto a ellas a que el ritual litúrgico concluyera con la administración del viático.

Tras sacar de su custodia, también de plata, una hostia sacralizada, el dominico la acercó hasta los resecos labios de su más fiel feligresa y concluyó solemnemente:

– Es semilla de vida eterna y poder de resurrección, según las palabras del Señor: *Qui manducat meam carnem et bibit meum sanguinem habet vitam aeternam et ego resuscitabo eum in novissimo die*. Juan 6, 54.

Todos los presentes, plañideras incluidas, santiguáronse tres veces seguidas y después se fueron acercando, uno a uno, hasta fray Aurelio para besarle la mano como muestra de agradecimiento por haber oficiado un sacramento tan conmovedor como aquel. Tras lo cual, complacido, el fraile aceptó la propuesta de don Pedro para que se quedara a cenar.

– Bueno, un poco de vino caliente no le voy a negar a vuestra merced, que ya la noche ha caído y mis viejos huesos apenas pueden soportar el frío.

Habiendo salido todos del cuarto de la moribunda, Úrsula acercose hasta ella y, sentándose a un lado de la cama, la tomó de la mano.

– Madre… –atinó a decir sin poder evitar que una lágrima, la primera ya de muchas, recorriera el contorno de su rostro. Inconsciente, mas de forma instintiva, limpió con los dedos los restos de óleo que habíanse quedado en el anverso de su mano. No es que quisiera eliminar la presencia de Dios, mas buscaba un momento de paz y soledad con ella, de intimidad maternofilial que los acontecimientos de los últimos días habíanle impedido tener.

Si bien doña Leonor llevaba enferma un tiempo, sí es verdad que su estado había empeorado de forma drástica durante la última semana. A la fiebre, siempre alta, habíansele unido náuseas y vómitos, siempre con sangre, además de diversos episodios de temblores incontrolables. Piel y ojos tornáronse de un impactante color amarillento que no hacía presagiar nada bueno. Dejó de retener alimentos dentro del cuerpo desde el martes, ya entrada la semana, y apenas había podido dormir a causa de unos terribles calambres que recorríanle todo el cuerpo.

El doctor Santiago de Yanes, amigo íntimo de don Pedro, creyó reconocer al instante los primeros síntomas de la temida fiebre amarilla y supo, también desde un primer momento, que él no podía hacer nada por curarla. Intentó, eso sí, paliar su malestar a base de compresas frías para retener la fiebre, mas era consciente de que su paciente estaba más cerca de la muerte que de la vida. Y así se lo había hecho saber a la familia.

Sin valor para mirarla, Úrsula notó como su madre apretábale ligeramente la mano, y su reacción fue instantánea.

– Madre. Estoy aquí –le dijo en voz baja mientras devolvíale con suavidad el apretón como si tratara de comunicarse con ella a través de un sistema táctil más que verbal–. ¿Cómo se siente? ¿Necesita algo?

Doña Leonor tragó saliva antes de pronunciar palabra alguna y giró un poco la cabeza para poder ver bien a su hija pequeña. La tez ambarina proporcionábale un aspecto fantasmal y enfermizo. Lejos quedaban aquellos días en los que, llena de vida, feliz y alegre, jugaba con ella en el amplio patio central de la casa. Hoy, ya más muerta que viva, apenas tenía fuerzas para decirle cuatro cosas, las últimas, sin duda, que iban a salir de su boca.

– Vuestro padre… –dijo con gran esfuerzo, como si cada palabra emergiera de su garganta tras atravesar un campo de espigas–. Vuestro padre quiere que entréis en las Catalinas.

– Pero madre, yo… –Úrsula detuvo su protesta al notar otra presión en la mano. Doña Leonor tenía que economizar mucho sus palabras porque sabía que poco tiempo quedábale antes de reunirse con el Altísimo. Con un lento parpadeo hízole ver que ya sabía lo que la niña iba a decir.

– ¿Grimón? ¿Le queréis? –preguntó con la voz tan débil que Úrsula apenas atinó a entenderla.

– Lo amo, Madre. Con todo el corazón.

– Pobre hija mía. Mas sabéis que no puede ser. Vuestro padre no… no lo aprueba.

– ¿Por qué? ¿Por qué no es hijo legítimo de don Jerónimo y doña María? ¿Y eso qué importa? Su padre lo ha reconocido y le ha dado sus apellidos. Es miembro de la Casa de Grimón, ¿qué más quiere, que me case con un rey?

De carácter bravo, la pequeña de los Soria apenas podía contener su indignación, ni siquiera ante su madre moribunda. Sin embargo, arrepintiose de haberlo hecho en el mismo instante en que lo estaba diciendo. Sus progenitores la habían educado bien y en el pasado, a base de paciencia y constancia, había aprendido que a unos padres se les respeta. Por mucha rabia que tuviera en su interior, por mucha pasión que atesorara en su corazón, no podía hablarle así a su madre. A su madre que se estaba muriendo delante de ella. Así pues, resignada mas no conforme, calló. Calló por educación y respeto, mas no por sumisión.

Doña Leonor cerró los ojos. Entendía el enfado de su hija. Era joven y estaba enamorada, mas también sabía que su sino estaba trazado y que, cuando ella ya no estuviera a su lado, en poco iba a poder ayudarla.

– No. Simplemente quiere que os caséis con Dios.

Úrsula intentó contener una lágrima que, sin control ni permiso, resbaló por su mejilla como única manifestación, silenciosa y doblegada, de una verdad que presumía cierta desde hacía tiempo.

– Ya sois mayor para saber que, siendo la última de nuestras hijas, vuestra ventura está en consagrarte al Señor.

– No es solo por eso, madre. Hay algo más. Padre…

Úrsula no concluyó la frase. Refrenose a tiempo. Su queridísima madre no merecía irse de este mundo con el corazón roto. Además, ¿qué íbale a decir? ¿Eso que ya sabía toda la ciudad, que se conocía por todos los rincones de San Cristóbal de La Laguna, que era motivo de habladurías y chismorreos en los mentideros de media isla? Que su padre, aún siendo un hombre afable y honrado, llevaba tiempo enamorando con doña María de Guzmán y Cabrejas, señora de buena familia y recién enviudada, que incluso decíase que se les había visto entrar (por separado) en una posada de La Orotava, de noche, como a escondidas de los ojos de los más curiosos y que de allí no habían salido hasta la mañana siguiente (de nuevo por separado).

Mas todo eso, doña Leonor ya lo sabía. Y también sabía que no había sido una sola vez. Si bien, lo que en un principio había supuesto motivo de indignación, rabia y vergüenza social, ahora, con la muerte tocando con insistencia a su puerta, habíase tornado en una bendición. Dando pruebas de la infinita bondad de su alma, no solo había perdonado a su marido sino que, desde lo más profundo de su corazón, alegrábase de que una vez que ella ya no estuviera entre los vivos, él tuviera alguien con quien compartir el resto de sus días.

– Obedeceréis a vuestro padre. Prometédmelo.

– Pero madre… –se quejó Úrsula sabiendo que era inútil.

– ¡Prometedlo!

Grito no fue porque gritar no podía, mas ante el tono y el visible esfuerzo que su madre había realizado para pronunciar esta última palabra, Úrsula bajó la cabeza –que había mantenido altiva hasta entonces– y apretándole la mano díjole aquello que ella estaba deseando oír.

– Os lo prometo.

Calmada, doña Leonor volvió a reposar cabeza y alma sobre la almohada. Soltó la mano de su hija porque ya notaba que las fuerzas escapábansele con cada latido de su corazón mas tuvo tiempo, entre un último suspiro y el siguiente, de susurrarle algo más. Una última frase que salió de su boca casi junto a su latido final.

– Mas… llevad vuestro amor por él… siempre en el corazón.

Dicen, los que saben de esto, que la muerte es silenciosa y que, aunque la estés aguardando, llega sin avisar. Ella, La Muerte, llevaba varios días aposentada en aquella habitación de suelos de madera y paredes blancas cuya única gran ventana daba a la calle de El Pino, no muy lejos de la plaza de San Francisco. Pareciese, como si de alguna forma, tosca y misteriosa, hubiera estado esperando a que su paciente concluyera con todas las tareas que la divina providencia tenía destinadas para ella, porque no fue hasta que presenció como doña Leonor dedicaba a su hija sus últimas palabras, su último pensamiento y hasta su última lágrima, que decidiérase a blandir su guadaña al aire y separarle, de certero tajo, cuerpo y alma.

Durante mucho tiempo Úrsula juraría, a quien quisiera escucharla, que la sintió pasar junto a ella para llevarse el último aliento de su madre, porque un escalofrío repentino cruzole de arriba abajo y el frío húmedo y cortante, típico de la Ciudad del Adelantado, tornose seco y áspero por unos instantes. La mano de doña Leonor, que había vuelto a sujetar, perdió la poca presión que la sustentaba y los dedos se quedaron sin tensión alguna. Tiempo tuvo apenas de mirar sus ojos que de repente volviéronse como vacíos mientras un silencio atroz todo lo invadió.

Entonces lo supo con total seguridad. Su madre ya no estaba allí. Se había ido. Con la serenidad y entereza que una muchacha de quince años no debería tener, Úrsula posó su mano sobre sus párpados aún abiertos y se los cerró. Después, sin decirle nada a nadie, fuose hasta su cuarto y allí se encerró a llorar todo lo que aún no la había llorado.